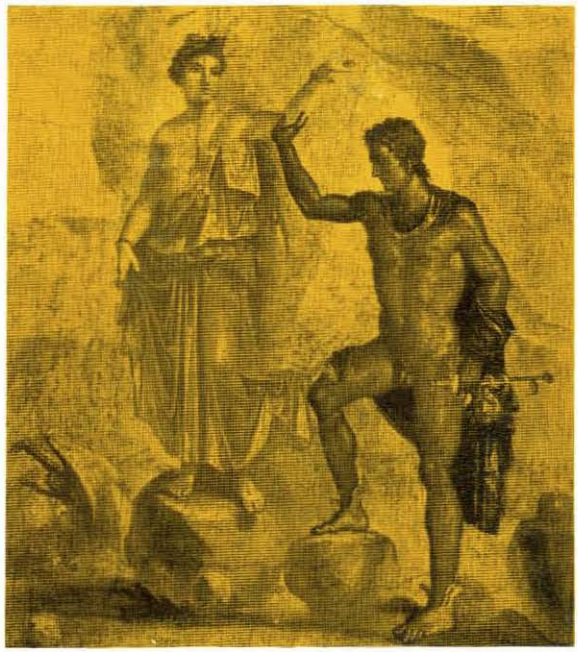
THESIS

NUEVA REVISTA DE FILOSOFIA Y LETRAS

11

- ARTURO ANDRES ROIG
- LUZ AURORA PIMENTEL
- MERCEDES DE LA GARZA
- FEDERICO PATAN
- ANNA PAOLA VIANELLO
- JAIME LABASTIDA
- JOSE LUIS MARTINEZ
- GRACIELA HIERRO
- RODOLFO CORTES DEL MORAL
- VERA VALDES LAKOWSKY
- MARCO DIAZ
- UTE SCHMIDT OSMANCZIK
- AZUCENA ROMO
- AKIRA ONDA
- CARMEN GALINDO
- JUAN VAZQUEZ ABAD



40.00 pesos

octubre / 1981

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.
Año III, Número 11
Octubre / 1981

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:
Dr. Octavio Rivero Serrano
Secretario General:
Lic. Raúl Béjar Navarro
Secretario General Administrativo:
C.P. Rodolfo Coeto Mota
Abogado General:
Lic. Ignacio Carrillo Prieto

THESIS NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas
Editor: Benjamín Villanueva
Consejo de Redacción: José Pascual Buxó
Juliana González, Benjamín Villanueva

Secretaria de Redacción: Elsa Cross

INDICE

ARTURO ANDRES ROIG
A propósito de la filosofía de la historia 4

LUZ AURORA PIMENTEL
El espacio como metáfora del infinito en dos cuentos de Borges 10

MERCEDES DE LA GARZA
La tradición escrita de los mayas antiguos 15

FEDERICO PATAN
Cuatro Sonetos 21

RODOLFO CORTES DEL MORAL
Metafísica y positivismo en el umbral de la filosofía contemporánea 23

GRACIELA HIERRO Y AZUCENA ROMO
En torno a las ideas educativas de Herbert Marcuse 31

AKIRA ONDA
Zen y creatividad
(Traducción: Atsuko Tanabe y Sergio Mondragón) 34

UTE SCHMIDT OSMANCZIK
Algunas consideraciones sobre el "mejor estado" en Platón y Aristóteles. 41

JUAN VAZQUEZ ABAD
Leibniz y la nada 45

VERA VALDEZ LAKOWSKY:
Encuentros sino-mexicanos 47

ANNA PAOLA VIANELLO
Entrevista con Claude Mossé 53

CARMEN GALINDO
La nostalgia como política 57

JAIME LABASTIDA
Quevedo, el maestro 60

MARCO DIAZ
Referencia a la obra arquitectónica en textos novohispanos del siglo XVII 62

La tradición presente:
JOSE LUIS MARTINEZ
Glosas a la danza de la muerte 66

NOTAS Y RESEÑAS:

Agustín Sánchez González: ***La filosofía de lo mexicano*** **de Abelardo Villegas** 71

César González: ***El amor por la lengua,*** **de Jean-Claude Milner** 73

JAIME LABASTIDA

Quevedo, el maestro

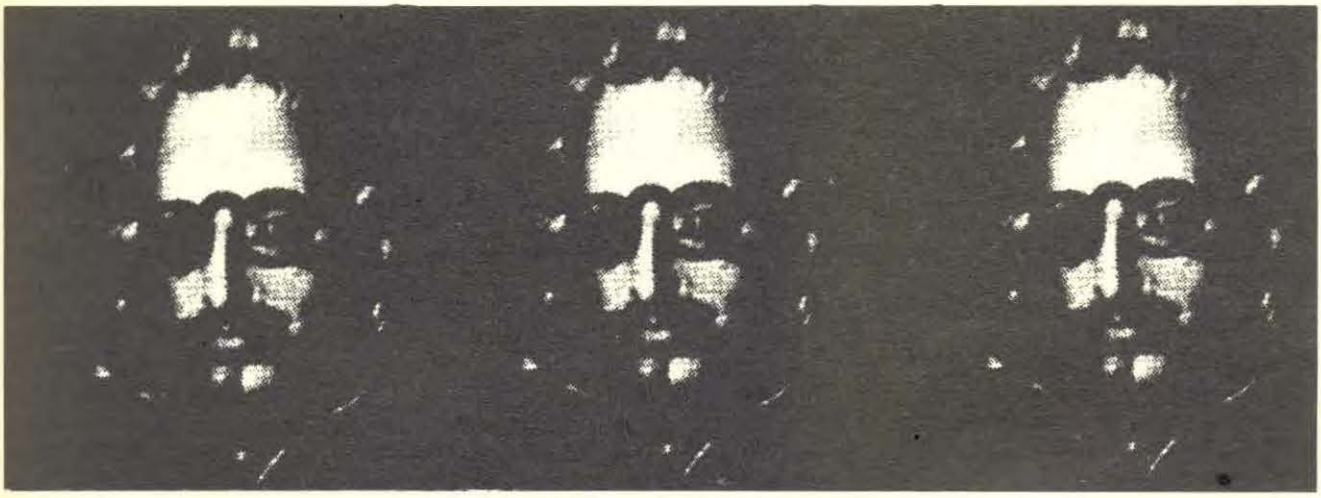
Hay muchos Quevedos en Quevedo: el cortesano, el satírico, el burlesco, el soñador quizá hermano de Brueghel o de Bosch, el político, el hombre de acción, el erudito, el ávido de libros ("retirado a la paz de estos desiertos, con pocos pero doctos libros juntos,/ vivo en conversación con los difuntos/ y escucho con mis ojos a los muertos"), el escritor prolífico, el ácido, el amargo, ¿Cuál elegir?

De entre tantos, busco, tal vez por afinidad, el poeta corrosivo, el poeta de la decadencia, el de la muerte, personal y colectiva. Incluso cuando hace poemas de amor, Quevedo es ácido; cuando escribe poesía política, es moralista; cuando exalta, condena al propio tiempo. ¿Qué le pide al conde de Olivares en su valimiento? Que España vuelva a los tiempos puros, sin afeites, llenos de dureza, de los antiguos castellanos: "hoy de muchos modos somos copias,/ si son originales". "El vicio, no el olor, nos acredita", añade. Todavía más: "Quedaron las huestes españolas/ bien perfumadas, pero mal regidas." Quiere Quevedo que "la militar, valiente disciplina/ tenga más platicantes que la plaza". Si tal lograre el conde de Olivares, habría "de restaurar más que Pelayo"; se volvería a "aquella pura república de grandes hombres", para quienes era "una vaca sustento y armadura".

Como eso no ocurre, como España no se regenera, se verá obligado a decir: "Mire los muros de la patria mía,/ si un tiempo fuertes, ya desmoronados,/ de la carrera de la edad cansados,/ por quien caduca ya su valentía". Pero hay algo que me interesa resaltar, y es lo que hace importante a la poesía de Quevedo. La poesía puede alimentarse de mil maneras: todas ellas pertenecen a la biografía. La de Quevedo ilumina esas fuentes nutricias, pero no las agota. Quevedo, a partir de estos condicionamientos, concluye siempre en asuntos generales. Podrá querer la vuelta a la edad de hierro, a la austeridad; pero su último verso: "Y no hallé cosa en que poner los ojos/ que no fuese recuerdo de la muerte", eleva automáticamente de nivel la reflexión y el tono.

Podrá hablar de Roma, es lo mismo: "Buscas a Roma en Roma, ¡oh, peregrino!,/ y en Roma misma a Roma no la hallas". Todo se ha ido, todo es muerto: sólo queda el río, el Tiber que fluye: "¡Oh Roma, en tu grandeza, en tu hermosura,/ huyó lo que era firme y solamente/ lo fugitivo permanece y dura".

En esto consiste, me parece, uno de los especiales mecanismos por medio de los cuales Quevedo construye su



poesía esa poesía grandiosa a fuerza de dolor; pero entendámonos: un dolor general, el suyo, al tiempo que el de todos. De los elementos particulares, Quevedo salta a las generalizaciones en versos apretados por densos, por oscursos.

Es un modelo y, como todo modelo, inalcanzable. Puede hablar también de su muerte: su muerte, sin embargo, es la de todos. Es un poeta cerrado sobre sí mismo y sobre España. Los demás países son enemigos de España, abomina de ellos. Pero esta densísima introspección culmina en versos tan concisos que de ellos podría decirse lo que dice el verso de Miguel Hernández: son "una revolución dentro de un hueso".

De ahí el concepto. Cuando se nos aclaran, nos iluminan: poseen una fuerza interior que pocos poetas, en cualquier lengua, en cualquier parte del mundo, han logrado jamás. "Cerrar podrá mis ojos la postrera/ sombra, que me llevare el blanco día,/ y podrá desatar esta alma mía/ hora, a su afán ansioso lisonjera". Pero la misma muerte, esa sombra postrera que le va a arrebatar el blanco día; esa hora en que va a desatarse su alma, no podrá nada contra la vehemencia, contra el afán violentísimo de vida que Quevedo posee. Su alma misma no ha sido encerrada por el cuerpo, sino por Dios; o en otra lectura: el cuerpo mismo es Dios: "Alma, a quien todo un dios prisión ha sido". O sea, el cuerpo todo un Dios; sólo un dios puede encerrar un alma como la suya. Por eso, sus "venas, que humor a tanto fuego han dado", sus "médulas, que han gloriosamente ardido,/ su cuerpo dexarán, no su cuidado; serán cenizas, mas tendrán sentido./ Polvo serán, más polvo enamorado".

De nueva cuenta: sólo lo fugitivo permanece y queda, dura lo que se va, en este caso, el dios, todo un dios, el cuerpo, lleno de pasión, enamorado, impregnado a las venas, a los huesos, a las médulas, a la ceniza, al polvo, a cualquier cosa que de él provenga, de ese mismo amor inhóspito e implacable.

Por eso es que el cristianismo de Quevedo es un cristianismo feroz, lleno de soledad, dureza, violencia, exaltación. No lo calma, no lo endulza; lo exalta. No siento en Quevedo ni la más remota posibilidad de que el cristianismo le sirva para lograr la salvación o la paz eterna. Quevedo es batalla; aun cuando desmaye y quede "presentes sucesiones de difunto", aun cuando diga: "mi corazón es reino del espanto", se rebela y lucha.

Se pueden hacer variaciones a partir de la poesía de Quevedo. Conozco una, de primera magnitud: Quevedo dice al conde de Olivares: "Señor excelentísimo: mi llanto/ ya no consciente márgenes ni orillas". Y un poeta mexicano (Juan Bañuelos) ha escrito, en cambio: "Excelentísimo señor, mi llanto:/ has arrasado márgenes y orillas/ y no consiento más que estas mejillas/ sigan surcadas de hombre y odio y tanto". Pero Quevedo, como todo gran poeta, es inimitable. Lo único quizá que de imitable tenga, visto desde la perspectiva de la poesía moderna, es su voluntad para encontrar, a partir de los problemas individuales, los colectivos; a partir de la muerte propia la de otros; a partir de la decadencia de España, la destrucción, el desmoronamiento, la decrepitud totales.

Creo que es esto lo más valedero de Quevedo: su capacidad para obtener una dimensión más profunda que la habitual de los problemas parciales, gracias a que los generaliza en un solo verso concluyente y totalizador. Con ese verso concluyente y totalizador, Quevedo eleva de nivel el conjunto del material lingüístico tratado. Roma, España, Quevedo mismo desaparecen. Emerge un dolor con rostro específico: el de todos... Mejor dicho: el rostro singular es, al propio tiempo, el rostro de los demás. Se pierde todo, lo más firme cae; en cambio, solamente "lo fugitivo permanece y dura".

No opongo Quevedo a Góngora, pero si uno lee a este último y allana las dificultades de su lenguaje, se encuentra al final de la lectura, en muchos casos, con significaciones relativamente banales. La poesía de Quevedo, en cambio, nos ofrece un nuevo nivel de significación cuando desentrañamos su sentido. No son sólo imágenes. Son, como él lo quería, conceptos, conceptos en imágenes tremendas, desnudas, densas. No tiene descendientes. No es sólo un poeta de la inteligencia, es un poeta de la pasión: tendría que darse esa doble vertiente, en una aguda tensión, para que volviera a nacer, si es que nace, un poeta que podamos llamar hijo de Quevedo.